



LA FAMILIA BALUARTE DE LIBERTAD. LA FAMILIA CRISTIANA HOY, NUEVOS RIESGOS, NUEVOS RETOS

Creo que es bueno que reflexionemos sobre experiencias. Comienzo por haceros caer en cuenta la gran crisis de desvinculación que existe en este momento en nuestra cultura. Hay una gran crisis de desvinculación. La cultura actual se caracteriza por aislarnos.

Yo me suelo acordar mucho de una imagen que decía San Juan Crisóstomo, cuando él describe al tentador, como el demonio lleva a cabo su estrategia de apartarnos de Dios. Él pone una imagen que me parece es muy gráfica. Dice, "A modo como una fiera ataca y espanta a la manada, y una vez que la ha espantado, va buscando si alguno se haya quedado atrasado y cuando lo encuentra, se olvida entonces de la manada y va por él, va por aquel que se haya separado dice también que lo rodea y le atrapa. Mientras rodean a quien se ha separado dice también San Francis,, que entonces le agarra por el cuello para que no pueda pedir ayuda a la manada, tiene un poco de imaginación ¿verdad?. Pero me parece sorprendente la imagen. Y a semejanza yo creo que existe en este momento en nuestra cultura una crisis, una tentación de desvinculación. El hombre desvinculado es mucho más vulnerable a todas las tentaciones.

Para empezar el hombre de nuestra cultura actual carece de una identificación con las instituciones. Es propio de nuestra cultura el que las instituciones, solo por el hecho de ser instituciones, resulten antipáticas. Nadie quiere pertenecer a una institución. Yo voy por libre en principio, con esa especie de alergia hacia cualquier institución ¿verdad? Y eso nos hace mucho más vulnerables.

Obviamente esto ha sido también uno de los motores culturales por los que el hombre prefiere o elige más una cierta espiritualidad, que una religión, porque una religión me retiene. Una religión me está restringiendo el camino; mientras que una espiritualidad es algo mucho más difuso. Una espiritualidad no deja de ser sino una búsqueda de unos valores, pero de una manera en que en el fondo busco esos valores a mi manera, según mi criterio. En el fondo es una búsqueda de mí mismo en una apertura. Quizás nuestra cultura se ha desligado, ¿no?, de la religiosidad precisamente desde esta crisis desvinculación.

En teoría somos muy solidarios, porque esto es curioso, somos muy solidarios. Está bien visto ser solidario, pero es más bien solidaridad teórica. Está bien visto ser solidario, pero luego la realidad es que vivimos muy aislados, ¿no? Como aquello que decía en ocasión uno de esos chistes de Mafalda, ¿no? Que decía, "Yo amo la humanidad, lo que me fastidia es la gente". Algo así. Amamos la humanidad de justicia, a la gente que está bien. A ver, que tenemos una solidaridad absolutamente teórica,

porque luego no aguantamos nada al prójimo. Toda esta cultura que se ha ido creando, se ha traducido también en que la familia cada vez es una familia con unos lazos menos fuertes, más desvinculados.

A veces la propia familia se ha ido convirtiendo en un lugar, digamos, de refugio, de autocomplacencia y poco a poco, digamos que hasta en la propia familia hemos ido cayendo en esa herida y este principio, de la estrategia y tentación que es la desvinculación. Dios nos ha creado, pero no nos ha creado solitarios, sino que nos ha creado en comunión. Cuando el hombre deja de tener claro esto, cuando el hombre se olvida de que en nuestro ser está ser precisamente imagen y semejanza de Dios, vivir en comunión, pero cuando busca su metro cuadrado fácilmente se hace vulnerable a todo tipo de estrategias y a la desvinculación.

Analicemos esta crisis. Veamos sus falsos pilares. El concepto individualista de la libertad frente al bien común. Hoy en día, por libertad, fijaros bien, entendemos, se dice el derecho a decidir. Esa es una expresión que una y otra vez escuchamos de muchas maneras. El derecho a decidir, ahora estamos en el debate de eutanasia. El derecho a decidir, cada uno a nadie se lo obliga y que cada uno lo decida, su derecho a decidir, ¿verdad?, dentro de esa cultura desvinculada llena grandes rupturas interiores, se entiende la libertad como un mero derecho a definir. Es casi libertad como sinónimo de libre albedrío, mientras que San Agustín definía la libertad como la capacidad determinarnos para el bien. A ver, la libertad. No puede ser una cosa o su contraria. ¿Qué más da? El caso es que tú elijas. Y eso es una deformación de la libertad. Eso es un mero libre albedrío. La libertad la define San Agustín como la capacidad del hombre para optar por el bien. En cambio, la libertad que en vez de optar por el bien opta por el mal, significa ser menos libre. Cada vez que pecamos perdimos libertad. Algunos piensan que pecar es la máxima expresión de libertad. Justo lo contrario, cada vez que pecamos somos menos libres, somos más esclavos. Repito, la definición agustiniana de libertad es la capacidad determinarse para el bien.

Otra característica de nuestro tiempo es que el deseo sustituye a la voluntad. La ideología de nuestro tiempo se presenta y se caracteriza por la ideología del deseo, es decir el deseo elevado a ley, elevado a derecho, de una manera parecida, en la cual a un niño le cuesta renunciar a los chuches en beneficio de un plato de comida sustanciosa. Así también nosotros estamos fácilmente bombardeados por todo tipo de deseos y nos hemos olvidado que, para poder querer, para poder ser dueños de nuestra voluntad, tengamos el poder absoluto sobre nuestros deseos. El aire de contra el que habla nuestro patrono San Ignacio, es que seamos capaces de negarnos a nosotros, algunos de nuestros deseos bajo el principio básico de la educación para poder tener una voluntad libre y férrea.

En tercer lugar, la hegemonía de lo inmediato. De hoy la dice, "No, en tiempos de turbación no hagas mudanza, no cambies tus opciones, no tomes decisiones cuando no estás todavía bajo la luz suficiente para poder caminar y discernir, ¿verdad? La hegemonía de lo inmediato nos hace un daño muy grande, nos hace fácilmente manipulables.

La primicia de lo superfluo también es característica de nuestra sociedad. Las grandes preguntas por el sentido de la vida son sustituidas por lo perentorio y por lo trivial. Hemos de preguntarnos; como todo hombre se hace las preguntas, como todos los

hombres de todos los tiempos se han hecho grandes preguntas sobre qué pinto yo en esta vida, qué sentido tiene esta existencia, ¿no? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar? En vez de hacernos las grandes preguntas, lo sustituimos por objetivos absolutamente triviales y superficiales. ¿Qué voy a hacer esta noche? que echan en televisión o cosas por fino.

Pues bien, esta es, digamos, la crisis del hombre desvinculado al que me refería que fácilmente es atrapado en este escenario, en el que poco a poco su libertad va siendo su vida en un pensamiento único, en unas actitudes absolutamente previsibles, en unas o en una de todas estas estrategias de manipulación en las que fácilmente somos arrastrados a ello, ¿verdad? Dos ejemplos concretos de cómo la libertad ha sido devaluada completamente. Son de momento estas dos grandes batallas, ¿no? En torno a las cuales hemos visualizado lo que es el verdadero concepto de libertad y la deformación de la libertad. Me refiero al aborto y a la eutanasia. Aquí pongo un par de ejemplos.

Fijaros, ¿sabíais que cuando Estados Unidos vence la Segunda Guerra Mundial a Japón y al termina esa guerra pues pone al general McArthur desde el año 1947 hasta el año 1952? Pues siendo el gobernador o el presidente, pues no tendría ese nombre quizás, ¿no? Porque esa especie de nación que había sido vencida en esa guerra. ¿Qué pocas veces nos han dicho Estados Unidos que Macartu impuso el aborto en Japón cuando en Estados Unidos, por supuesto, lo estaba permitido. Hasta mucho más tarde la sentencia Roe en el año 72. Fijémonos bien en este detalle, ¿no? Un detalle que no es menor. No es menor. ¿Alguien puede pensar que se le va a conceder a las mujeres de los derrotados más derechos que a las mujeres de los que han vencido. ¿Alguien se puede pensar esto? A las mujeres de Japón les han concedido un derecho que las norteamericanas no tienen. Hombre, es que todo el mundo entiende que tal ley no preservaba ninguna libertad, sino que era sencillamente un control de la libertad, era un control político, era un control de la población, era un deseo de que Japón no creciese. Más tarde, años más tarde, ¿no? 20 años más tarde, Estados Unidos, en esa confusión absoluta del concepto de libertad acaba aprobando el aborto como una supuesta libertad, cuando ellos habían 20 años atrás utilizado ese aborto como una manera de esclavizar a una nación a la que habían vencido militarmente, ¿no? Pero ¿qué ofuscación ha habido en el pensamiento para que 20 años más tarde uno entienda como libertad, como bien para sí mismo aquello que había utilizado como una forma de esclavización de los vencidos? No habido ahí todo toda una deformación progresiva.

Algo parecido pasa también en el debate actual en que estamos teniendo sobre la eutanasia. Cuando se habla de cuando se refiere el derecho, el supuesto derecho a suicidarse, los hombres uno dice derecho a suicidarse, derecho a desesperarse, derecho a mi mal, a mi autodestrucción, ¿no? Cuando se reivindica, cuando el hombre hace una reivindicación, ¿no? de su propia destrucción es cuando vemos hasta qué punto hemos deformado completamente el concepto de la libertad por haberla desvinculado. Un existe de Fortes que no tenía desperdicio en el que él decía, "No, soy libre, y soy libre de elegir la petrolera que me tiene, el político que me engañe, el banco, el banco que me que abuse de mí. Soy libre, decía, insisto, soy libre. No, una era una crítica obviamente hacia una libertad que en fondo se traducía en una autodestrucción. Creo que estos dos ejemplos emblemáticos que son como una pinza de la

desesperanza, el aborto y la eutanasia son el ejemplo máximo de hasta qué punto el hombre desvinculado se ha introducido en camino en camino destrucción.

Y bien, sin duda alguna también añadiría un tema importante, ¿no? El tema importante que es el de la Esperanza. El hombre desvinculado, el hombre desvinculado ha llegado a no tener deseo de entregar la vida, de dar la vida. El gran suicidio demográfico que padece Occidente es una consecuencia de la desvinculación. Es una consecuencia inmediata. A mí no me importa lo que pase después conmigo, que el último que se trague la llave, que apague la luz. No tengo conciencia de que yo tenga que aportar nada a la siguiente generación. Hay por lo tanto una fotografía muy clave, muy clara de que el hombre desvinculado es aquel que no da vida. En el fondo, él no ha entendido que es hijo y por lo tanto no siente la llamada a ser padre o madre. Es el hombre desvinculado, el hombre que no reconoce la paternidad y la maternidad como la fuente de su felicidad. Y por lo tanto no se siente llamado a transmitir la vida.

La familia es la respuesta. Sin duda alguna, ante el gran reto de la desvinculación; solamente la familia nos puede reestructurar, solamente la familia nos puede redescubrir nuestra vocación originaria a la vida en comunión. Soy porque he sido amado. Existo porque he sido querido. En la familia hemos aprendido a ser queridos incondicionalmente. Somos queridos mucho más allá de nuestras capacidades, de nuestras cualidades. Somos queridos sencillamente por el hecho de ser hijos. La experiencia del amor incondicional es la que se recibe en el seno de la familia. Sin esa experiencia de amor incondicional, el hombre está lleno de heridas. Y precisamente la proliferación de heridas asertivas que caracterizan a Occidente en este momento en que ha nacido de la crisis de la familia.

Al mismo tiempo, la verdadera solidaridad la hemos aprendido en el seno de la familia. En la familia hemos aprendido a ser austeros, a compartir las cosas, a reconocer que ese sentido de propiedad privada es relativo, porque los bienes que tenemos son de todos nosotros y los compartimos. En la familia nos ha traído la preferencia, la opción por los débiles. Cuando hemos tenido a un hermano especialmente débil, hemos aprendido como desde el primer momento nos han dicho, "Cuida de tu hermano. Toda la familia ha sido capaz de cambiar su agenda, sus horarios, sus prioridades para volcarse todos en quien estaba enfermo. Y si alguien estaba enfermo en la familia, no teníamos ningún caso en cambiar los planes de vacaciones, lo que fuese, porque toda la familia se configuraba siempre al servicio del más débil. Así lo hemos aprendido, inconscientemente lo hemos aprendido en la familia.

Hemos aprendido a amar la tradición, a retomar la tradición, a sentirnos orgullosos de nuestros abuelos, de nuestros ancestros, a darnos cuenta de qué somos, porque hemos podido subirnos sobre los hombros de los que nos han precedido. Hemos aprendido a responder a esa absurda soberbia de pensar que la vida comienza conmigo. Nos ha gustado conocer la historia de nuestros antepasados porque hemos salido, hemos conocido del gran valor de la tradición que nos vincula. Nos vincula la familia también es la que nos ha ayudado a abrirnos a la trascendencia. Cuando uno ha tenido la experiencia decir, "No, lo que pasa en esta casa es lo que yo divido en la familia es demasiado grande para que haya nacido de nosotros. Esto que hemos vivido en la familia, esta experiencia de amarnos y querernos tanto, esto ha tenido que venir del cielo".

Recuerdo, permitirme que os comparta una anécdota. Recuerdo que dando una tanda de ejercicios espirituales en el seminario de Guadalajara en México, que era un seminario, envidia de cualquier obispo de Europa, porque madre mía, parecía nuevo el seminario. De multitud de chicos, Yo según los iba recibiendo me di cuenta que aquellos chicos de aquel seminario tan numeroso se explicaban primero por las familias fuertes y por los mártires también por los mártires de la persecución de los cristeros eran los dos elementos que explicaban aquello. Recuerdo cuando un chico se presentó ahí en la habitación con ahí con una fotografía en la que pues un soldado tenía dos cabezas agarradas por los cabellos, cada una en una mano y me señaló una de ellas y me dijo, "Este es mi tatarabuelo. Una de las cabezas". Claro, el bisnieto o tataranieto, que no recuerdo bien, pues era hijo descendiente de mártires. Obviamente estaba vinculado a esa historia, estaba fuertemente vinculado a ella, Bueno, pues alguno de esos chicos me decía, que había vivido una experiencia familiar de admirar el amor de sus padres, que para él la admiración que había sentido hacia la vocación familiar matrimonial era maravillosa. Y chico habiendo tenido pues una referencia tan bella en la vocación matrimonial tenía la vocación para ser sacerdote como que si como que no hubiese apreciado suficientemente la vocación de sus padres al matrimonio, ¿no? Le dije, "No, tranquilo, tranquilo. Lo que me daría a mí miedo sería que tú tuvieses vocación al sacerdocio y que hubieses visto una experiencia maravillosa del matrimonio de tus padres y estuvieses huyendo, ¿no?, de la experiencia matrimonial de tus padres. Eso me daría miedo, ¿no? Eso me daría miedo. Sin embargo, la vocación matrimonial es tan fecunda en luz de todo tipo de vocaciones porque en el fondo nos enseña a dar la vida. Uno aprende en el seno de la familia que la vida no es para retenerla, que es para darla, que no nos poseemos en propiedad, sino que hemos nacido para entregar nuestra vida. Por eso la vida familiar es fuente de todas las vocaciones.

Y así podríamos ir poniendo muchos ejemplos más, Pero lo que está claro es que como decía Chesterton, que una familia fuerte es como un estado independiente, O sea, que no le afecta fácilmente lo que ocurra más allá de las fronteras. Claro que también es verdad que los virus pasan las fronteras, Que nos lo digan a nosotros, o sea, los virus pasan las fronteras, sí, pero obviamente una familia fuerte tiene una capacidad de poner una frontera ante la mentalidad mundana de una manera muy potente. Por lo tanto, tengamos en cuenta, citando a Chesterton que tanto el capitalismo como el marxismo han estado siempre en guerra con la familia porque ellos prefieren tener como interlocutor al individuo desvinculado, que es mucho más fácilmente manipular. Y no solo por eso de que, claro, no solo por eso de que viviendo en familia somos mucho más austeros, eso es verdad. Siempre se ha dicho, que donde comen tres comen cuatro, donde comen cuatro comen cinco. No solo me refiero a eso, sino a la austeridad que da la vida en comunidad, no me refiero al criterio al criterio crítico también, ¿no? Frente a los que nos gobiernan. Al capitalismo, al igual que el marxismo, tiene el deseo de tener como interlocutor a individuos que son fácilmente víctimas porque son átomo y fácilmente quedamos desvalidos hacia la ante cultura dominante. Los hombres solos y divididos son débiles. Débiles. No somos conscientes del bien espiritual que estamos recibiendo por el hecho de que ahora vamos a ir a casa y allí tenemos un vínculo que nos protege de muchas situaciones. La vinculación es básica y necesaria. Por eso también es tan importante las amistades. La amistad fuerte es muy importante. Y ojo, no solo está en crisis la familia, sino que también está en crisis las amistades, amistades fuertes, amistades vinculadas. Las culturas y los países que históricamente han sido más enérgicos y resistentes han sido aquellos que han tenido familias fuertes. Familias fuertes es básico, por lo tanto, no mantener la familia intacta, porque es el gran refugio, el gran baluarte e la libertad en torno a la familia y a la vida,

como decía San Juan Pablo II, no se libra el combate fundamental por la dignidad del hombre.

Por lo tanto, diría, esta es la clave. Fijaros, hay una familia fuerte es aquella que se caracteriza por mostrar al hombre todos los vínculos, su vínculo con Dios, su vínculo con sus hermanos, su vínculo con su padre, su vínculo con su madre, su el vínculo entre el amor y la verdad. Porque en esa desvinculación de nuestra cultura hemos llegado a desvincular el amor y la verdad. Hemos llegado a desvincular el sentimiento y la razón, que quizás es el es el culmen de la desvinculación. Existe un emotivismo tóxico, un emotivismo tóxico que caracteriza nuestra cultura y que nos hace fácilmente manipulables. Pues bien, el emotivismo se suele presentar al hombre desvinculado como claro, como se siente solo, pues como algo empático, algo empático, tocarle sus emociones, tocarle sus sentimientos para así sentirle atrapado, desvinculando totalmente ello de la verdad.

Sin embargo, en la familia, la familia se vincula, se integra plenamente el amor y la verdad. El amor que nos lleva a querernos y el y es un querernos que no solamente es consolarnos, sino mostrarnos la verdad. En la verdad, en la familia es donde nos corregimos solamente en muy pocos lugares más se practica la corrección fraterna, en el seno de la familia porque la verdad y el amor no están desvinculados. Todo lo contrario. Solamente donde hay verdad se ama y solamente donde hay amor se dice la verdad. Frente a esa desvinculación de amor, de verdad, frente a esta carencia de racionalidad y esta especie de imperio del emotivismo tóxico que impera nuestra cultura, la familia se presenta como lugar de la integración de la unidad interior, como el sitio, como el ámbito en el que crece el hombre creado a imagen. Semejanza de Dios.

Os voy a voy a concluir leyendo unos dos textos, dos textos del Papa Benedicto. Uno de ellos es del libro Naturaleza y Grandeza del amor. Y dice, "Es urgente redescubrir una alianza que siempre ha sido fecunda cuando se le ha respetado. En esa alianza ocupan el primer plano la razón y el amor. Un maestro tan agudo como Guillermo de Santieguí escribió palabras que siguen siendo profundamente válidas también para nuestro tiempo. Si la razón instruye al amor y el amor ilumina la razón. Si la razón se convierte en amor y el amor se mantiene dentro de los confines de la razón, entonces ambos pueden hacer algo grande. Tal cosa acontece en el corazón de la de la familia, donde solamente en ella la verdad y el amor están plenamente unidos. Porque el programa del cristiano, del cristianismo, dice Benedicto 16 enestes en el número 31 dice que el programa del cristiano es un corazón que ve. Fijaros, dice eso, un corazón que ve. La familia no solo nos amamos, sino que vemos la verdad. Descubrimos la verdad moral que Dios nos está iluminando. Un corazón que ve. No creamos en el amor ciego. Cuando, por ejemplo, el India se de una manera romántica, ¿no? Se ensalza el amor, pero en detrimento del matrimonio. Eso eso tiene mucho que ver con el corazón, con el amor ciego o con el sentimentalismo ciego. El programa del cristiano es un corazón que ve, ve el proyecto de Dios, ve la llamada a la santidad, ve cuál es el camino de educación de los hijos, corazón que ven. Este esto es la familia, es un corazón que ven. Es una verdad que es transmitida en el amor. Solamente así puede serlo, ¿no?

Pues bien, queridos hermanos, la familia baluarte de libertad, es el tema que he querido un poco compartir con vosotros. Os invito a que en este tiempo de cuaresma en el que estamos pensemos en nuestra familia y cuando pensemos en nuestra conversión entendamos que la conversión a la que estamos llamados cada uno de nosotros no es

una conversión individual. Igual que decimos conversión personal y conversión pastoral, también existe conversión familiar. Convertirnos a la vida de la familia, mortificar nuestra tendencia a la desvinculación. Existen tendencias en nosotros que son a desvincularnos, a buscar. A veces uno parece que para él el descanso, cuando uno ve que su deseo descansar es el desvincularse, tiene que tener se le tienen que encender las luces rojas de alerta, ¿no? No, nuestro descanso no es la desvinculación. Nuestro descanso es descansar en el corazón de Cristo. Nuestro descanso es la comunión de la familia. Vamos a pedir esa conversión familiar en el seno de nuestro corazón. No nunca una conversión personal, una conversión familiar para que nuestro corazón sea un corazón en comunión con el proyecto de Dios y con la familia. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.